

La postrer llama.

Presencia de fray Luis de León en la poesía española
de la primera mitad del siglo XX

José Palomares

IV Certamen Internacional de Ensayo “Miguel Hernández” - 2019



Palomares, José

La postrer llama : Presencia de fray Luis de León en la poesía española de la primera mitad del siglo XX / José Palomares.

- Jaén : Editorial Universidad de Jaén, 2020. - (Estudios literarios. El niño de la noche. Miguel Hernández y su tiempo; 5)

IV Certamen Internacional de Ensayo Miguel Hernández, 2019

376 p. ; 15 x 23 cm

978-84-9159-351-5

1. Hernández, Miguel-Crítica e interpretación 2. Poesía española-Siglo 20-Historia y crítica I. Jaén. Editorial Universidad de Jaén, ed. II. Título
821.134.2-1

Esta obra ha superado la fase previa de evaluación externa realizada por pares mediante el sistema de doble ciego

COLECCIÓN: Estudios literarios

Director: Jesús López-Peláez Casellas

SERIE: 'El niño de la noche'. Miguel Hernández y su tiempo, 5

IV Certamen Internacional de Ensayo Miguel Hernández, 2019

Coordinador de la serie: Rafael Alarcón Sierra

© José Palomares

© Universidad de Jaén

Primera edición, septiembre 2020

ISBN: 978-84-9159-351-5

Depósito Legal: J-552-2020

EDITA

Editorial Universidad de Jaén

Vicerrectorado de Proyección de la Cultura y Deporte

Campus Las Lagunillas, Edificio Biblioteca

23071 Jaén (España)

Teléfono 953 212 355

web: editorial.ujaen.es



editorial@ujaen.es

IMPRIME

Gráficas «La Paz» de Torredonjimeno, S. L.

Impreso en España/Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

Índice

PALABRAS LIMINARES.....	7
1. DEL MODERNISMO A LA MODERNIDAD.....	11
1.1. Introducción.....	13
1.2. <i>La doctrina de todo renacimiento.</i> En torno a Miguel de Unamuno.....	49
1.3. <i>En el aroma mejor / del huerto de Fray Luis.</i> Huellas en Antonio Machado	71
1.4. <i>Un sueño jamás interrumpido.</i> La lectura infinita de Juan Ramón Jiménez.....	92
1.5. <i>Un poeta impresionista.</i> La lectura crítica de José Martínez Ruiz, <i>Azorín</i>	116
2. EL OTRO HOMENAJE. EL GRUPO POÉTICO DE 1927.....	127
2.1. Introducción.....	129
2.2. <i>El aire se serena. Luz no usada.</i> Jorge Guillén.....	175
2.3. <i>Una poesía de desgarro y de lucha.</i> La lectura estilística de Dámaso Alonso.....	194
2.4. <i>En un son que es ahora transparente.</i> Luis Cernuda.....	203
3. LLAMAS, DOLORES, GUERRAS... EL GRUPO DEL 36.....	221
3.1. <i>El olor a Fray Luis</i> de Miguel Hernández.....	234

4. LÍRICA Y TEATRO: <i>FRAY LUIS DE LEÓN</i> (1944), AUTO SACRAMENTAL DE AGUSTÍN ESCLASANS	243
5. <i>CONSONANTE RESPUESTA</i> : ALGUNOS POETAS DE POSGUERRA... 257	
5.1. <i>Y siempre fray Luis</i> . Presencia y lección en Blas de Otero.....	276
CONCLUSIONES	297
BIBLIOGRAFÍA	307

PALABRAS LIMINARES

Fray Luis de León sintetiza el humanismo español. Admirado (pero no siempre cabalmente comprendido) de manera unánime e ininterrumpida desde su siglo hasta el nuestro, en la obra del catedrático de Salamanca se cifra y se decanta la cultura renacentista. Alma naturalmente poética, fray Luis armoniza teología, estética y filología, que en sus versos, parafraseando a Saavedra Fajardo, “se dan las manos y hacen un círculo”. Aunando cultura clásica y sabiduría bíblica, fray Luis de León dispone un poemario según una estructura tripartita de orden ascendente: “Son tres partes —dice en la dedicatoria de sus *obrecillas* a don Pedro Portocarrero— las de este libro. En la una van las cosas que yo compuse mías. En las dos postreras, las que traduje de otras lenguas, de autores así profanos como sagrados” (León, 2001a: 78). En las poesías *propias*, de contenido moral y cristiano, fray Luis crea un verso nuevo a partir de la sutileza estilística y retórica de la gran poesía latina, de cuyo secreto artificio se apropia en lengua romance. En este sentido, sobre el estilo de fray Luis han pesado con demasiada frecuencia las *idées reçues* en torno a la claridad y la naturalidad expresivas, resultado de una engañosa impresión de lenguaje referencial. Pero la comprensión de la poesía luisiana exige una lectura a la luz del contexto cultural en que se compuso, de los ejemplares poéticos que imita y de los códigos estilísticos en que

se sustancia. Por otra parte, sus contemporáneos no admiraron menos sus traducciones, auténticas creaciones estéticas con valor artístico por sí mismas. Modelo de la oda horaciana y de la poesía bíblica en España, el gran poeta sabrá hacer que los textos originales “hablen en castellano”, con arte y belleza singulares, con una voz propia. Una voz que, como escribirá Luis Cernuda: “Toda nítida aquí, vivaz perdura / en un son que es ahora transparente”.

El ensayo que presentamos es una introducción –si no un moderno *accessus ad auctorem*– a la presencia de fray Luis de León en nuestra historia literaria contemporánea. El esquema historiográfico de este trabajo atiende, como en nuestro libro *Fortuna de fray Luis de León en la literatura española (siglos XVI-XVIII)* [Palomares, 2016], a un fenómeno de larga duración en que la temporalidad histórica del objeto de estudio, esto es, la continuidad de fray Luis de León como constituyente cultural español, implicaría el análisis “of both change in continuity and of a continuity in change” (White, 1975: 105). La recursividad de fray Luis como patrón o paradigma cultural constituye así un *continuum* y no una categorización discreta, dada la radical simultaneidad (y pluralidad) de corrientes estilísticas, o, vale decir, el “simultaneous order” (Eliot, 1951: 14). Es necesario explicar, por ejemplo, qué fray Luis se leía en el siglo XVII y cómo se interpretaba en el siglo XVIII. “Distintos vieron a Marón y Augusto / las edades doradas y las nuestras”, dice Lope al conde de Lemos en *La Filomena* (Vega, 1983: 798). Y no conviene olvidar, con Borges, que la gloria de un poeta “depende, en suma, de la excitación o de la apatía de las generaciones de hombres anónimos que la ponen a prueba, en la soledad de sus bibliotecas” (Borges, 1980: II, 303).

Por consiguiente, ofrecemos un panorama crítico general de cada movimiento y un estudio individual de nueve clásicos contemporáneos (amén de diversos comentarios a una veintena de autores). Se trata de conformar un todo orgánico que dé cuenta de la varia fortuna de fray Luis en una época decisiva de la cultura española como la primera mitad del siglo XX, de suerte que se pueda decir, con Juliano en “Padre del

siglo futuro”, que “juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí, y poniéndolas en sus lugares, y trabándolas todas, y dándoles orden, habéis hecho como un cuerpo y como un tejido de todas ellas” (León, 2008a: 132).

1. DEL MODERNISMO A LA MODERNIDAD

1.1. Introducción

Entre los rasgos predominantes en el modernismo, Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927) señaló la “tendencia a volver a la naturaleza”, expresada con un “triple carácter de sencillez, ingenuidad e intensidad” y una “indisputable tendencia *mística*” (Díaz Rodríguez, 1994: 69)¹. Este “suave consorcio de esencia mística y amor a las cosas naturales” es ejemplificado con la vida y obra de Francisco de Asís, con quien nace, a su juicio, “una especie de misticismo panteísta”, y con la *Introducción del Símbolo de la Fe* de fray Luis de Granada. De ambos caracteres participaría el modernismo, entendido como “un movimiento espiritual muy hondo a que involuntariamente obedecieron y obedecen artistas y escritores de escuelas desemejantes”. Ahora bien, como matiza el autor de *Ídolos rotos* (1901), misticismo literario no equivale a misticismo religioso. El escritor venezolano enlaza así a autores como Ruysbroeck, Ruskin, Nietzsche, Carlyle, Baudelaire, Maeterlinck, Dante Gabriel Rossetti, Ibsen o Tolstói. Su tesis es que “no existe una sola obra fuerte en la literatura de hoy, donde no se pueda rastrear por lo menos una vaga influencia mística” (de Wilde a Rubén Darío, de D’Annunzio a Valle-

¹ Gullón (1971), Schulman (1966).

Inclán)². La experiencia poética es asimilada entonces a la experiencia mística. Como apostilla Díaz Rodríguez:

Los místicos, persiguiendo tal vez una luz extraterrena, encontraron la luz del estilo, que dispensa eterna juventud a las obras maestras del arte. A la desapacible música del hierro sucedieron más deleitosas músicas. En las mismas rudas corazas florecieron imprevistas florestas de oro. La lengua, si antes fue pesada y uniforme, dejó de serlo, para hacerse leve y dúctil, maleable, iridiscente de matices. Fue sonrisa, fue luz, fue sarta de gemas. Bajo la pluma de Fray Luis de León, el perfecto lapidario de los *Nombres de Cristo*, se tornó en sustancia incorruptible y perfecta, limpísima y dura, como la de un diamante. (1994: 115)

Las palabras del modernista venezolano pertenecen al libro *Camino de perfección y otros ensayos*, publicado en 1910. Recordemos, al paso, que *Camino de perfección*, de Pío Baroja (1872-1956), se subtitula significativamente “Pasión mística” (1902). Esa lectura de fray Luis de León *sub specie mystica* no es ajena a la clásica interpretación de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912). Como sabemos, en 1878, don Marcelino gana la plaza, vacante tras la muerte de José Amador de los Ríos (1816-1878), para la cátedra de Historia crítica de la literatura española. Su programa de la asignatura, concebido con “espíritu español y católico”, es indisoluble de un neocatolicismo que reivindica la obra de fray Luis de León como baluarte y garante de la esencia católica nacional³. Con su labor y la de su discípulo, don Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), se vincula decisivamente la historia literaria con la lingüística, de manera que la lengua de Castilla será el núcleo de la literatura nacional y la tesis *castellanista* dominará la historiografía española durante más de un siglo. Un hito fundamental que jalona la interpretación finisecular de fray Luis es el discurso de ingreso de Menéndez Pelayo en la Real

² Martínez (2008).

³ Alonso (1956), Martínez Cachero (1956), Real de la Riva (1956), Rodríguez Sánchez de León (2014), Sainz Rodríguez (1962), Santoveña Setién (1994), Ynduráin (1969).

Academia Española, titulado *La poesía mística en España*, leído el 6 de marzo de 1881 y respondido por Juan Valera (1824-1905). Para el polígrafo santanderino, uno de los rasgos constitutivos de nuestra mística es la capacidad expresiva de la lengua castellana para los conceptos más sutiles y abstractos, aspecto que ejemplifica con el célebre fragmento de “De los nombres en general” en *De los nombres de Cristo* (“Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto” [León, 2008a: 21]), cifra de una “gallarda concepción armónica”⁴. Un segundo vector que orienta la interpretación de Menéndez Pelayo es que todos nuestros grandes místicos son poetas. A este respecto, hartamente conocidas son las palabras con las que principia su elogio de fray Luis, convertido en lugar común hasta la vuelta de tuerca de la *joven literatura*:

Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, a lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza; nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol de Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos e italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles a Hermías, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoza todo. [...] Error es creer que la originalidad consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fr. Luis de León, y digamos que la tempestad de la oda a Felipe Ruiz se copió de las

⁴ “El filósofo que en nuestros días tuviera que explicar esta gallarda concepción armónica, diría probablemente que «lo objetivo y lo subjetivo *se daban congrua*, y homogéneamente, *dentro y debajo* de la unidad, y en virtud de ella, en íntima unión *de Todeidad*»; y se quedaría tan satisfecho con esta bárbara algarabía, so pretexto de que los *viejos moldes* de la lengua no bastaban para su altivo y alemánico pensamiento” (1881: 36). Véase Menéndez Pelayo (1884: II, 155-157).

Geórgicas, y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la musa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto a sentir y a *vivir* todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; [...] ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello (τόχος ἐν τῷ χαλῶ), como dijo Platón. (Menéndez Pelayo, 1881: 41-42)⁵

La sobriedad, la pureza y la sinceridad serán tres notas comunes en sus comentarios sobre el fraile agustino; sin embargo, Menéndez Pelayo llama la atención singularmente sobre la originalidad estilística de fray Luis, cifrada en la reviviscencia y apropiación emotiva de las ideas y formas imitadas. Por ello, y sin menoscabo de su erudición y doctrina, fray Luis resultaría en la expresión “lo más sencillo, candoroso e ingenuo que darse puede”, pues “juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta y sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron sus oídos en el estruendo y tropel de las odas quintanescas” (1881: 43)⁶. Este juicio del joven recipiendario académico institucionalizará una imagen concreta de la poesía luisiana: sencilla, dulce y candorosa (adjetivo este con el que Núñez de Arce la había definido en su discurso de ingreso un lustro antes)⁷. Todo sería indicio, en suma, de un alma “ávida de lo infinito, donde centellean las ideas madres, cual áureo cerco de la Verdad suprema” (1881: 44). Los ejemplos aducidos por Menéndez Pelayo determinarán, pues, una lectura *mística* —y profundamente

⁵ Menéndez Pelayo está recordando el *Banquete* platónico: “τῆς γεννήσεως καὶ τοῦ τόχου ἐν τῷ χαλῶ” (206e 5).

⁶ Los nombres de fray Luis y de Quintana reaparecen en una carta de Menéndez Pelayo a Valera, fechada el 2 de septiembre de 1886: “Yo creo que la misma Italia, en todo el largo período que va desde el Petrarca hasta Manzoni, no produjo dos poetas tan profunda y sinceramente líricos, cada cual a su manera, como Fr. Luis de León y Quintana” (Menéndez Pelayo, 1946: 292).

⁷ “Los griegos hubieran dicho de ellas [las odas] que producían la apetecida *sophrosyne* (ζῶφροσύνη), aquella calma y reposo y templanza de afectos, fin supremo del arte” (Menéndez Pelayo, 1881: 44).

católica—⁸ de las odas citadas en su discurso, como advierte el propio autor a pie de página:

Como se ve, apenas aludo más que a las odas *Noche serena*, *A Salinas*, *A Felipe Ruiz* (X), *A la vida del Cielo*, que son las que tienen el carácter místico más señalado. En otras, v. gr., la del *Apartamiento*, hay rasgos de misticismo, y en una de las atribuidas a Fr. Luis de León por el Padre Merino, la cual no suele imprimirse en las ediciones vulgares, se leen estas dos bellísimas estrofas, que, si no son del gran Maestro, merecen serlo [...]⁹.

Aunque publicada en la siguiente centuria, la edición de las *Poesías* de fray Luis con las anotaciones de Menéndez Pelayo será otro hito

⁸ Para la lectura protestante, léase el opúsculo de Sala y Villaret (1892). Cf. Ríos Sánchez (1991).

⁹ He aquí las dos estrofas: “¡Oh aires sosegados, / ya libres de las voces y ruidos, / al cielo encaminados, / del corazón salidos / llevad con vuestras ondas mis gemidos! / Lleguen a la presencia / del uno entre millares escogido: / lamentando su ausencia, / en tierra del olvido / queda mi corazón de amor herido” (1881: 45). Menéndez Pelayo cita las estrofas 37-38 de la *Lira en loor y honra de Dios nuestro Señor tomando ocasión de las criaturas*, oda atribuida a fray Luis por el P. Merino (1816: VI, 112-113). En su *Contestación*, Juan Valera citará la estrofa 34 de la misma oda (1881: 99). De otra parte, Menéndez Pelayo anotará que “El *Estímulo del Divino Amor* se ha atribuido por algunos a Fr. Luis de León, pero el estilo no parece suyo. Le publicó Rengifo en su *Arte Poética* (Salamanca, 1592)” (*ibidem*, p. 55). Valera también responderá a esa nota: “Sin embargo, si hemos de creer al P. Fr. Juan Bautista Lisaca, una composición en redondillas, titulada *Estímulo del Divino Amor*, es obra de Fr. Luis, y, en este caso, fray Luis ha escrito algo completamente místico. El crítico que en 1782 publicó la segunda edición de *Los grados del amor de Dios*, del citado Lisaca, donde el *Estímulo* va incluido, halla en esta composición algunas puerilidades, y, aunque sólida doctrina, un modo de verterla zonzos, frío y cansado; pero, a mi modo de ver, se deja arrastrar de las preocupaciones literarias de su época al formar tan duro juicio. El *Estímulo* tiene mérito, sea o no de Fr. Luis, y quizá en los defectos que el crítico nota estriben sus mayores bellezas, porque lo natural y lo espontáneo del estilo hacen resaltar la grandeza del asunto” (*ibidem*, p. 103).

fundamental en la historiografía luisiana¹⁰. La edición¹¹ se hará coincidir con el *annus mirabilis* de 1928, fecha en que se conmemora, como veremos, la efeméride del IV centenario del nacimiento de fray Luis. En la advertencia preliminar de la obra, Miguel Artigas (1887-1947) recuerda cómo la preparación de un estudio profundo sobre fray Luis fue una labor continua para don Marcelino, labor —u “ocio gratísimo”— interrumpida solo por su muerte en 1912. Así pues, a propuesta de su secretario perpetuo, Emilio Cotarelo y Mori (1857-1936), la Real Academia Española decidió publicar las poesías luisianas con todas las anotaciones marginales de Menéndez Pelayo, en una suerte de aportación póstuma del eximio polígrafo a la Docta Casa¹².

En las primeras líneas del prólogo, el autor de *Horacio en España* (1877) se refiere a fray Luis como “nuestro primer lírico” y repite, con Dante, aquello de “Onorate l’altissimo poeta” (*Inferno*, IV, 80). Tras un repaso bibliográfico por las diferentes ediciones, don Marcelino se detiene en las traducciones de Horacio y deslinda las versiones que sin

¹⁰ De “Joya inapreciable” calificaría el volumen don Antonio Maura (1853-1925), tan buen humanista, y como tal lo puso en las manos del rey Alfonso XIII. Cf. Álvarez Tardío (2009), Andrés Gallego (1992), Barrios Rodríguez (2006).

¹¹ *Poesías de fray Luis de León con anotaciones inéditas de D.*—, Madrid, Real Academia Española, 1928 (reed. en *Bibliografía Hispano-Latina clásica*, Madrid, CSIC, 1951, t. V, pp. 273-327). Vid. González de Castejón (1929), Llobera (1928, 1929), Macri (1957-1958), Mellizo (1957, 1959).

¹² Ahora bien, como indica Miguel Artigas, el texto es “la edición del padre Merino reproducida fielmente, enmendados los yerros que el editor anotó en la fe de erratas y corregidas otras que advirtió y enmendó, en su ejemplar, Menéndez y Pelayo” (1928: 13). Por lo demás, en 1921 se había publicado ya una importante edición de las *Poesías* (Madrid, Rivadeneyra) de fray Luis, prologadas por el andujareño José Toral (1874-1935), como primera entrega de la serie “Ediciones Selectas. Colección de Obras Maestras de la Literatura Universal”, dirigida por el mismo José Toral, quien, en la “Advertencia” a la obra, fechada en diciembre de 1921, reconoce el carácter popular de la edición, pensada “no con otro propósito que el que guió a Quevedo a coleccionar las poesías de Fray Luis de León, el de aficionarle [al pueblo] a las bellas letras, ahora que le estragan el gusto con novelillas sicalípticas y con versos decadentistas” (Madrid, Rivadeneyra, 1921). Véase Toral Peñaranda (2011: 85).

duda pertenecen a fray Luis (“veintitrés o veinticuatro”) de aquellas otras atribuidas o atribuibles¹³. Sostiene Menéndez Pelayo que “fray Luis es nuestro gran poeta horaciano”, y apostilla que “lo es todavía más cuando imita que cuando traduce”¹⁴, esto es, cuando vierte “añejo vino en odres nuevos”: “Así León sus rasgos peregrinos / en el molde encerraba de Venusa” (“Epístola a Horacio”)¹⁵. En cuanto a sus poesías propias, son conocidas las palabras que les tributa:

Nunca la inspiración lírica entre nosotros subió a más alto punto que en la escuela salmantina, ni conozco poeta peninsular comparable a fray Luis de León en este género. Él realizó la unión de la forma clásica y del espíritu nuevo, presentida mas no alcanzada por otros ingenios del Renacimiento. Sus dotes geniales eran grandes; su gusto, purísimo; su erudición, variada y extensa. (Menéndez Pelayo, 1928: 35)

¹³ Menéndez Pelayo (1877: 11-24; reed. en 1885: 11-24 y en 1951: VI, 44-52 y 301-311; 1952: II, 285-318). Para las obras latinas del agustino, véase Menéndez Pelayo (1901; reed. en 1928: 460-465 y en 1951: II, 256-261).

¹⁴ Menéndez Pelayo (1928: 30). Al hilo de la traducción luisiana del “*Beatus ille*”, añadirá: “Para quien tiene ojos y alma, cada palabra del traductor es una revelación. Otro cuento entre los versos duros y las rimas falsas; por mi parte, aseguro que nunca llegaremos los españoles a penetrarnos del sabor de lo antiguo, hasta que rompamos con la tradición altisonante y académica del siglo pasado, de los Quintanas y Gallegos, y aprendamos a estimar el tesoro que tenemos encerrado en nuestro más grande y menos entendido poeta” (*ibidem*, p. 33).

¹⁵ No solo en la célebre “Epístola a Horacio” sino también en otros textos de las *Odas, epístolas y tragedias* (pról. Juan Valera, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1883) es perceptible la imitación de fray Luis por Menéndez Pelayo, una imitación que afecta a los poemas personales y a las traducciones. Pensemos, por ejemplo, en las afinidades horacianas y tibulianas de ambos poetas (Arcas Pozo, 2013; Schwartz, 1992). También su hermano Enrique Menéndez Pelayo (1861-1921) testimonia la huella luisiana en sus obras; de hecho, una de las últimas composiciones del autor de *Poesías* (1886), *Desde mi huerto* (1890) o *Cancionero de la vida quieta* (1915) es una “Invocación a Fray Luis de León”, poema en el que “el homenaje al agustino le sirve de excusa al último Enrique Menéndez para poner broche a los temas esenciales de su poesía: la búsqueda de la humildad, el amor por la vida retirada, etc.” (Menéndez Pelayo, E., 2012: 52).

En cuanto a la evolución de su obra poética, Menéndez Pelayo la divide en cinco períodos: 1.º) *Imitación toscana*, correspondiente a los inicios líricos o a lo que denomina “educación poética” del agustino (“Aun como imitador de los toscanos, es fray Luis de León el primero de los líricos españoles”); 2.º) *Traducciones de griegos y latinos*, fase considerada como una etapa “de indecisión y de labor continua”; 3.º) *Traducciones de la poesía bíblica*, período “dominado por el dualismo hebraico-clásico, ya con tendencias a la armonía”; 4.º) *Primeros ensayos originales*, donde fray Luis “imita directamente” (como en la “*Profecía del Tajo*”), no sin alguna inseguridad, mas siempre con “vida propia” en lo imitado, y 5.º) *Período de completo desarrollo*, o de “imitación sumamente libre”, en el que la poesía luisiana “toma un carácter del todo místico, aunque conserva la forma clásica”, etapa esta última a la que pertenecerían, verbigracia, las odas “*A Salinas*” (“Admirable paráfrasis de la doctrina estética de Platón”, en palabras de su maestro Milá y Fontanals, que acota el discípulo a pie de página), “*La noche serena*”, “*A Felipe Ruiz*” (oda X), “*El apartamiento*”, “*Alma, región luciente*” o “*La Ascensión*”:

Estas seis composiciones son las más bellas de su autor y de la poesía española. Nada hay superior, como no sean las canciones místicas de san Juan de la Cruz, que no parecen ya entonadas por hombres, sino por ángeles. Nada citaré de fray Luis de León. El que no le sepa de memoria, apréndale y medítele de continuo, que cada día hallará nuevas ocasiones de deleite y de asombro. “Intender non la può chi non la prova”. El profesor de Salamanca entendió como nadie lo que debía ser la poesía moderna. Espíritu cristiano y forma de Horacio, la más perfecta de las formas líricas. (1928: 42)

Esa fusión de espíritu moderno y forma clásica —que cuestiona Laín Entralgo—¹⁶, releída a la luz del contexto literario de 1928, cobrará

¹⁶ “Tan optimista y simplificadora tesis ¿es admisible sin ulterior reflexión? En el orden de la creación literaria, y sin salir del tema de la forma poética, tal como Menéndez Pelayo la entiende, ¿puede afirmarse sin rodeos ni reservas que la oda sáfica es más adecuada que el salmo para la expresión lírica del espíritu cristiano? Y en el orden de la especulación filosófica ¿es lícito sostener tan resuelta y paladinamente que la «filosofía cristiana» debe ser, sin más, el resultado de utilizar cristianamente —esto